

LA RONDA DE LAS IDEOLOGÍAS*

HUGO VARGAS

Adolfo Sánchez Vázquez ha sido durante mucho tiempo un claro ejemplo de que el marxismo, antes que una ideología, debe ser una metodología y una práctica, un camino hacia el conocimiento. Sus libros han rebasado el marco académico para volverse vectores de reflexión en el marco de un México lleno de contradicciones.

“Claro”, responde sin dudarle cuando le pregunto si sigue siendo marxista; pero aclara a continuación: “si por marxismo entendemos una teoría en movimiento, crítica, no un dogma. En este último caso no me quedaría sino decir lo que Marx: ‘yo no soy marxista’ ”.

Nacido en Algeciras —de donde aún guarda el acento— en septiembre de 1915, Adolfo Sánchez Vázquez es hoy una de las figuras centrales de la filosofía hispanoamericana, y maestro de varias generaciones de marxistas. Hace apenas unas semanas el filósofo recibió la Gran Cruz de Alfonso X El Sabio, reconocimiento otorgado por la corona española a sus estudios superiores de filosofía, la actividad docente en la UNAM, su labor ensayística en diversas revistas y a sus quince libros publicados.

En el discurso que pronunció en la embajada española al recibir el premio, Sánchez Vázquez agradeció la distinción refiriéndose a Alfonso X: “No podría contar el reconocimiento de una obra cultural —dijo— con un valedor más legítimo”. Después se refirió a la dura vida en el exilio, producto de la Guerra civil, y a la ayuda recibida por Cárdenas —“presidente tan ejemplar para los mexicanos como entrañable para nosotros”—; el filósofo agregó en su discurso que el reconocimiento a su trabajo era también para “un país, su pueblo y

* “La Jornada Semanal”, supl. de *La Jornada*. México, 27 de agosto de 1989.

sus gobiernos”, dadas las circunstancias en que había surgido esa obra.

Hace algunos años, Christopher Domínguez y quien esto escribe entrevistamos a Sánchez Vázquez en la Facultad de Filosofía de la UNAM. En aquella ocasión hablamos sobre el marxismo en los años sesentas y sobre su vida.

Ahora me recibe en su departamento, poco antes de salir de vacaciones, y ofrece una copa de Duque de Alba que hace más amena la charla.

En una entrevista anterior que hicimos hace algunos años, decía que en la década de los sesentas el marxismo empezaba a “aplicarse a sí mismo”, pues hasta entonces se había concentrado en el análisis de las sociedades capitalistas en sus diferentes etapas de desarrollo. ¿Cómo salió el marxismo de ese “autoanálisis”?

En efecto, estos intentos empezaron a surgir con más fuerza en aquella década, pero, en su primera fase, que dura hasta hace prácticamente muy poco, esos análisis se daban fuera de las sociedades llamadas socialistas.

Ahora, núcleos importantes de intelectuales que se adhieren al marxismo en los países del “socialismo real” han empezado a analizar problemas como la naturaleza de la Revolución de Octubre, el carácter de la sociedad construida, la relación entre socialismo y democracia, a partir de las experiencias en esos países.

Ha sido un proceso que a pesar de encontrar fuertes resistencias dentro del propio campo marxista, se extiende y profundiza.

¿Cómo ha apreciado los últimos acontecimientos en la URSS, China, Polonia, Hungría...?

Bueno, en realidad me he detenido más en el caso de la Unión Soviética, por la enorme importancia que tiene; de los otros casos no podría hablar con mucha propiedad, aunque los he seguido en la prensa.

Naturalmente, en una sociedad como la rusa, con un capitalismo incipiente, el tránsito por el socialismo no se dio en los términos en

que Marx lo había previsto, quien, en uno de sus últimos escritos, *La crítica al programa de Gotha*, hablaba del tránsito del capitalismo al comunismo, pasando por ese periodo que conocemos como socialismo, pero no del capitalismo al socialismo.

Bien. En este proceso se construyó un tipo de sociedad que desde luego no es capitalista, como llegaron a sostener los maoístas en algún momento, porque, sin entrar mucho en detalles, no se daban los rasgos típicos de estas sociedades (propiedad privada sobre los medios de producción, la fuerza de trabajo como mercancía, el papel predominante del mercado, etcétera), pero tampoco se trataba, como sostenían los trotskistas, de un Estado obrero deformado, pues la clase obrera había quedado marginada de las decisiones estatales.

Mi conclusión era que ese proceso al socialismo, esa vía, había quedado bloqueada, y en lugar de llegar a la sociedad socialista teníamos una sociedad “ni capitalista ni socialista”: no había propiedad privada sobre los medios de producción, pero tampoco propiedad social, aunque si estatal, porque, como el Estado no era controlado por la clase obrera, ésta no cumplía un papel dirigente. Quien decidía todo era una nueva clase, la burocracia.

En ese momento —estoy hablando de hace casi tres décadas— no se tenía, yo por lo menos no, la perspectiva de que este bloqueo de la vía socialista pudiera ser roto; no en el periodo inmediato.

Claro está, este proceso se ha producido en las únicas condiciones en que podía darse, habida cuenta de la estructura de la sociedad soviética. Se trata de una reforma desde arriba, porque solamente de ahí podía provenir. Aunque esto no quiere decir que sea producto de las aspiraciones y las ideas de un hombre o un sector; en cierto modo ellos se han hecho eco de una necesidad, histórica y social. Es evidente que los diferentes aspectos de la vida soviética —la economía, la industria, la técnica— estaban en un momento de parálisis, de estancamiento, lo que traía consecuencias muy graves para la subsistencia de la URSS.

Era una necesidad, y el mérito de Gorbachov y su equipo es haber dado muestras de sensibilidad política para responder a esta exigencia de la sociedad soviética.

Pero la contradicción más grave de estas sociedades aún no ha sido

resuelta. Me refiero al enorme peso del aparato estatal en detrimento de la libertad política.

Sí. La relación entre socialismo y democracia es un problema fundamental, ya desde el marxismo clásico. Pero para este marxismo, y me refiero a Marx, Engels y al Lenin de *El Estado y la revolución*, socialismo y democracia son términos indisolubles.

Pero la experiencia ha demostrado...

La experiencia del socialismo real, y de la teoría, o mejor dicho, de la ideología que pretendía justificarla, era justamente la separación de estos dos términos: considerar que la democracia era un elemento fundamental en ciertas sociedades burguesas, precisamente por su carácter limitado, formal, de clase. Pero Marx jamás consideró que esa democracia burguesa tuviera que ser rechazada en bloque. Pretendía que se convirtiera en una democracia efectiva, real.

La experiencia demostró que, en nombre de la dictadura del proletariado, los términos democracia y socialismo no podían conjugarse. Esto respondía a una concepción tan poco marxiana como es la dictadura del proletariado. Por lo que representa el término "dictadura", por esa enorme carga histórica e ideológica que tiene, ese concepto es por lo menos una expresión desafortunada.

Pero la dictadura del proletariado tal como se pretendió ejercer en los países del socialismo real responde no al concepto de dictadura de Marx, sino al concepto habitual, como dice Lenin después de la revolución, como poder "no sujeto a ninguna ley", lo que evidentemente es la negación total de la democracia.

El hecho evidente de que el pueblo en los actuales países socialistas sea explotado por un aparato estatal, ¿no significa el fracaso del marxismo como proyecto social?

No. Mientras subsista el capitalismo y la opresión, no sólo dentro de un país, de una clase sobre otra, sino en el plano internacional, de unos países sobre otros, el marxismo existirá como una alternativa

teórica viable para fundamentar esa transformación radical que se hace necesaria.

Pero planteado así, ¿no considera que el marxismo cae en el terreno de la utopía?

Una sociedad como la marxista, en primer lugar, es necesaria porque la perpetuación del capitalismo, con sus contradicciones internas insalvables, puede conducirnos incluso a una catástrofe nuclear. No fue tan descabellada aquella discusión de Lenin y Luxemburgo planteada en los términos de "socialismo o barbarie".

Es además posible porque el propio desarrollo capitalista ha creado posibilidades reales para llegar a la construcción de esa nueva sociedad. Dije *posibilidades*, porque no creo que el desarrollo capitalista lleve indefectiblemente al socialismo.

Mientras los hombres no se convenzan de que esa sociedad es deseable, que tiene un valor superior a la actual, la posibilidad de la sociedad socialista estará lejana.

Déjeme insistir. ¿Eso no ubica al marxismo y a su proyecto social como un sistema al que se puede aspirar pero que aún no ha sido construido?

Claro. El socialismo, entendido en sus justos términos, hasta ahora no existe. Porque lo que se llama "socialismo real" tiene algo de realidad pero poco de socialismo. Hay que reconocer que el socialismo sigue siendo una aspiración.

¿Y como modelo teórico para el análisis social, sigue teniendo validez?

Sigue teniendo validez. Aunque, claro, algunas tesis hoy son caducas. El marxismo, para que siga siendo válido, tiene que ser fiel a este principio básico: moverse al compás del movimiento de lo real. No perder nunca su filo crítico y autocrítico.

Una tesis que en época de Marx parecía bien fundamentada, como lo era el carácter del proletariado como agente revolucionario, único y central, es una tesis que hay que cambiar.

¿Pero no cambia con esto toda la esencia del marxismo?

No lo creo. El propio desarrollo del capitalismo, que Marx no podía prever, lleva a revisar ciertas tesis que corresponden a una fase del capitalismo que no es la de ahora.

Parece claro que cuando el marxismo se convierte en doctrina estatal pierde este "filo crítico"; ¿no es esto una muerte del marxismo?

No. En el marxismo se puede distinguir claramente una doctrina económica, que es su tesis fundamental (Marx es ante todo un teórico del capitalismo), pero no podemos encontrar en el marxismo una teoría política, una teoría del Estado que sea comparable a la teoría que Marx nos ofrece en el campo económico. Aunque tampoco es cierto, como dicen algunos críticos, que Marx haya descuidado completamente ese plano; en él encontramos conceptos sobre el Estado que siguen siendo vigentes.

¿Cómo ve la producción teórica del marxismo mexicano?

En México, aunque no sólo aquí, el movimiento obrero y las organizaciones marxistas no han dado nunca el espacio necesario a la teoría.

Por ello las organizaciones marxistas se han dejado llevar por el inmediatismo y el pragmatismo. Por ello hay un desfase entre la intelectualidad marxista y los líderes políticos de esta corriente.

Falta el estímulo que debe recibir la teoría cuando está vinculada con la práctica. Se ha producido una cierta desproporción; en ciertos momentos ha habido algún desarrollo de la teoría, manifestado en los análisis que se han hecho de la Revolución mexicana, el Estado, etcétera, más que en el terreno de la teoría política, de la teoría del Estado, de las clases sociales. Hay un cierto desajuste entre el nivel —en algunos casos muy notable— de la teoría y su aplicación en el terreno de la práctica política. Por lo menos en algunos momentos, el peso de la teoría no corresponde a su fuerza en la práctica del movimiento obrero.

¿Cómo ve a la izquierda marxista en México? ¿Se ha desdibujado su proyecto con la unión al cardenismo?

Es un problema difícil. Pero en cualquier momento, independientemente del peso que pueda tener un aspecto u otro, no se pueden separar la democracia y el socialismo. Claro, la situación de México no es la de un país que sufre de alguna dictadura, de autoritarismo, como sucedió y sucede en América Latina, donde lo decisivo es la lucha por la democracia. Aquí, aunque limitada y formal, tenemos una democracia y la tarea fundamental es hacerla efectiva y ampliarla.

Los que impulsen una democracia así concebida tienen que ser los que se sitúen en el socialismo, lo que implica una cierta organización de esfuerzos que no los va a hacer una organización política, por muy democrática que sea, que no se plantea como objetivo el socialismo.

Asumir una posición democrática sacrificando la posición socialista no es una posición que corresponda propiamente a un socialista. Lo que no quiere decir que en una coyuntura determinada el problema de hacer efectiva la democracia, incluso a este nivel formal, no pueda ser una reivindicación central.